

Aquí quiero recordar a Flaubert. Flaubert escribió *Salambó*, novela tan cartaginesa que, sin duda, lo debería ser también para un cartaginés. Esa novela mereció estima, pero se veía que era una novela francesa escrita a mediados del siglo XIX, con los procedimientos del realismo, etc. Es decir, no debemos tratar de ser contemporáneos, porque fatalmente a veces (estoy pensando en muchas cosas), a veces, tristemente lo somos. No podemos ser otra cosa. Podemos jugar a ser escritores antiguos o escritores futuros, pero esas son ingenuidades, somos escritores de nuestro tiempo. Por eso no creo tampoco en la ficción del escritor comprometido. Creo, sí, que el escritor está comprometido con su obra. Lo demás, las opiniones, todo eso, ¿qué puede interesar ahora? Lo importante es la obra, y voy a volver sobre ese tema al final de esta serie de digresiones.

Cansinos, como Leopoldo Lugones, creía que la metáfora era el elemento esencial de la poesía, y todos lo creíamos también, y pensábamos en la posibilidad de descubrir metáforas nuevas. Ahora me he convencido de que no existe esa posibilidad, y luego me he convencido de otra cosa, que no he escrito aún y que puede ser una novedad, no sé si es importante o no; por ejemplo, cuando un poeta «de cuyo nombre no quiero acordarme», porque no quiero atacar a nadie, dijo: «Un tren puede rezarse como un rosario», acaso fue la primera vez que se comparó un tren con un rosario, pero esa afinidad no tiene ninguna importancia. Como tampoco la tiene cuando dijo que «los ascensores suben como termómetros». Es verdad que los ascensores suben como la columna del mercurio, pero eso puede provocar cierta sorpresa, y la sorpresa es la más efímera de las emociones, contrariamente a lo que dijo el Marino, que él era el poeta y el mar la maravilla, o sea, que el fin del poeta es la maravilla y el asombro. No, el fin no es el asombro, creo más bien en lo que decía Pound: que el deber del poeta es expresar lo que muchos hombres habían pensado pero nadie había expresado de un modo tan cabal. Y quiero recordar también a otro maestro: a Wordsworth cuando dijo: «Estos son en verdad los pensamientos de todos los hombres, en todas las épocas y países; si no están tan cerca como lejos, son nada o casi nada; si no son el enigma y la solución del enigma, son nada o casi nada; este es el pasto que crece, esta la hierba que crece; donde quiera que estén el agua y la tierra, este es el aire común, que baña el planeta». Es decir, que trataba, no de ser original, sino de ser como todos los hombres. Yo creo que el poeta, de algún modo, es eso, es la voz de los hombres, pero no la mera voz de las opiniones, las opiniones cambian y además son superficiales, es la voz de algo más hondo.

Todo esto no es nuevo, ciertamente, todo esto es la antigua idea hebrea del «ruah», del espíritu o la idea platónica de la musa o lo que nuestra mitología, menos hermosa, llama subconsciente o subconsciencia. Pues bien, nosotros comenzamos por buscar metáforas nuevas y ciertamente las hallamos. Hay una frase china, una frase que es una metáfora también, que llama al universo «Los diez mil seres». Desde luego, esto debe referirse a los diez mil arquetipos, porque ciertamente, por ejemplo, hay más de diez mil hormigas en el mundo; o diez mil individuos. Entonces nosotros pen-

samos que este es un pensamiento común a todos los jóvenes y yo querría precaverles contra ello, desde mi escasa autoridad, pues si existen, por lo menos, diez mil seres en el universo, ¿por qué la metáfora se limita a unir algunos de esos entes? ¿Por qué el agua y el tiempo; por qué las estrellas y los ojos; por qué la vida y el sueño; por qué la muerte y el acto de dormir, de perderse en el sueño; por qué las flores y las mujeres, las mujeres y las flores? ¿Acaso no hay otras afinidades? Yo he llegado a pensar que quizá no haya otras, pero que lo importante es el modo en que se dicen estas afinidades. Hay un epigrama atribuido a Platón en la antología griega, en el cual él dice, dirigiéndose a su amada: «Yo querría ser la noche para mirarte con millares de ojos»; y ello expresa una amorosa ansiedad. Y hay otro verso de Chesterton, en el cual él dice: «Una nube, que es mayor que el mundo, un monstruo hecho de ojos: la noche». Ahí la metáfora es la misma: estrellas y ojos, ojos y estrellas, pero el efecto es totalmente distinto. Al principio tenemos al amante que querría ver a la amada desde todos los puntos, querría ejecutar ese milagro imposible; y en la segunda tenemos la idea de la noche: la noche, esa costumbre tan antigua de los hombres, la noche como una suerte de monstruo, un monstruo hecho de ojos, no lleno de ojos, como se lee en el *Apocalipsis*, un monstruo hecho de ojos. Hay algo de pesadilla. Sin embargo, la metáfora es exactamente la misma, aunque nos sirve para diversos fines. Y podemos multiplicar los ejemplos. Podemos decir: «nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar, que es el morir...». El tiempo, el agua. Está dicho perfectamente. Pero también, cuando Heráclito dijo: «Nadie baja dos veces al mismo río», al principio pensamos, claro, el río cambia, las gotas de agua no son las mismas, y luego, con un principio de horror, pensamos que nosotros somos el río también, que no somos menos río que el río, que también nosotros estamos huyendo hacia la muerte. La imagen es la misma, el efecto es distinto, o sea que Manrique pensó en la muerte que desemboca en Dios, inexorablemente desemboca en el castigo o premio eternos, ya que Heráclito, sin duda, sintió que somos tan fluidos como el río. Y aquí yo querría detenerme sobre la justeza con la cual se ha elegido el río. Porque si Heráclito hubiera dicho: «nadie cierra dos veces la misma puerta», no habría dicho nada, porque la puerta es algo estable, firme, en cambio el río ya sugiere lo fluido, lo que huye, y nosotros nos sentimos río, sentimos que estamos fluyendo como él y que estamos huyendo en este momento, que la vida es de algún modo una agonía; está bien elegida la palabra. Si no, recuerdo siempre aquel ejemplo de un filósofo chino, contemporáneo de Heráclito, Tsuang Tsu. «Soñé con una mariposa y no sabía, al despertar, si era un hombre que había soñado con una mariposa, o una mariposa que ahora soñaba ser un hombre». Aquí ustedes ven lo bien elegida que está la palabra «mariposa», lo bien elegida que está porque sugiere la fragilidad. Si Tsuang Tsu hubiera escrito: «soñé que era un tigre y al despertar...etc.», aquello no serviría, porque el tigre no sugiere fragilidad y la mariposa sí, la mariposa sugiere lo onírico de la vida, lo frágil de la vida. Recuerdo un verso, que me pareció insignificante al principio, que leí en una antología de poesía japonesa: «Sobre la gran campana de

bronce, una mariposa». Ahí está el contraste: la gran campana de bronce, duradera, firme, intemporal, y la frágil mariposa. Y sé que un poeta ensayó una variante: «Sobre la gran campana de bronce, una luciérnaga». Pues yo creo que esa variante pierde respecto del original. Creo que luciérnaga es un mero objeto brillante, pero la mariposa es un símbolo de lo efímero, de lo que pasa.

Pues bien, el ultraísmo se basó parcialmente en esa idea, en la importancia de la metáfora. Pero más importante que eso es el hecho de que yo sentí entonces que Madrid no era otra cosa, o mejor dicho, sentí que era un mundo de diálogo literario. Era como si la gente no tuviera otra cosa que hacer sino pensar en literatura. Desde luego, estoy exagerando mis experiencias. Me refiero a algunos amigos de aquella época, me refiero a las tertulias de Cansinos. Cansinos, que tenía frases tan espléndidas como «la serenidad de la tarde cuando ha confiado un día entero en la memoria de los hombres».

Recuerdo que todos vivíamos esa tertulia de los sábados, de Cansinos, y que tocábamos un tema literario cualquiera, el verso libre, la metáfora, el adjetivo, las formas clásicas del verso; y hablábamos de eso como si no hubiera otra cosa en el mundo, y desde luego que quizás en el mundo no hay otra cosa que lo que nosotros queremos que haya. Ahora el mundo está dividido por otras pasiones, que me parecen menos nobles que la pasión poética; la pasión de la política, por ejemplo, la pasión del dinero, que es una ilusión. Yo conozco a mucha gente rica y esa gente rica no es, generalmente, más sabia, más feliz, más juiciosa que las demás, de suerte que afanarse por el dinero es absurdo, afanarse por la fama es absurdo. La fama es simplemente una forma del olvido. Nuestro destino final es el olvido. ¿Qué importa la publicidad, uno de los pecados de nuestra época, fomentada desde luego por la extraña superstición de que cada veinticuatro horas ocurren hechos importantes y que hay que conocerlos? Lo curioso es que esta superstición está fomentada por los mismos que la ejercen, o sea que publican otras publicaciones al día siguiente para tapar lo anterior, de suerte que el tiempo es una serie, es como un palimpsesto, en que un texto borra a otro, y así van borrándose. Hasta sé de personas que consideran que un hecho no es real; lo real es la publicación de ese hecho. Lo que no se publica no existe. Creo que es exagerar demasiado el respeto a la imprenta; quizá la imprenta nos haya hecho mal. En la Edad Media había pocos libros, pero, como dijo Chesterton, «un hombre podía estar mirando en cualquier momento, puede estar mirando la honda y luminosa mina de Aristóteles». En cambio, ahora hay tantos periódicos, tantos libros que no tenemos tiempo de leer. Schopenhauer dijo: «Junto con un libro deberían vender el tiempo necesario para leerlo». Yo agregaría que todos confundimos, yo mismo confundido, la posesión de un libro, que al fin de todo es una cosa entre las cosas, un prisma entre los prismas, con la lectura de un libro. Además, no tengo tiempo de leerlo porque compro otro.

Sería mejor si pudiéramos volver a la época de los manuscritos. Entonces, si se copiaba algo era porque merecía la pena de ser copiado, o sea que la difusión de